

rito principal consiste en las observaciones atinadas y en las correcciones oportunas hechas al texto de Catulo.

Voss, sólo puede ser comparado, en lo feliz de sus conjeturas, con Avancio, y sólo puede tener como rival á Aquiles Estacio, en lo que se refiere á su erudición crítica.

Robinson Ellis, hablando de Voss, dice: «Además de su abstrusa erudición, fué un gran coleccionador de manuscritos, y complementó sus conocimientos en una rama de la filología por su experiencia en otra. A él, en consecuencia, se deben algunas de las más felices enmiendas del texto de Catulo. Por ejemplo, XXIV, 4. «*Midæ dedisses*,» LXIV, 55, «*quæ visit visere credit*.» La primera, que ha sido confirmada por el manuscrito Bodleiano, y la segunda que es un ejemplo maravilloso de una feliz adivinación.»

Débase, además, otra enmienda á Voss, la cual ha sido ya generalmente aceptada por Ellis y por Baehrens, los dos que han colacionado el manuscrito de Oxford; á saber, la del verso 211 del Epitalamio de Tetis y Peleo.

En la Oda «Ad Juventium,» donde todos leyeron: «*Mi dedisses*,» tomándolo de todos los manuscritos, expresión que algunos críticos convirtieron en «*mihi dedisses*,» Voss conjetura «*Divitias Midæ dedisses*,» preguntándose «*Divitias vero Midæ quis nescit?*»

La adivinación á que Ellis se refiere en el pasaje

del Epitalamio de Tetis y Peleo, es, en efecto, sorprendente, porque la lección recibida antes de la colación del Oxoniensis, era «*seseque sui tui se credit*.»

La última enmienda del verso 211 del Epitalamio de Tetis y Peleo, es «*Sospitem Erechtheum*,» que en lugar de «*Sospitem erectum*,» fué aprobada por Vulpio, por Doering, y comprobada después por el manuscrito de Oxford.

Las observaciones de Voss forman un libro que ninguno de los que estudian á Catulo debe dejar de leer, y que ha sido siempre útil á todos los que á él recurren para buscar un maestro y una guía al mismo tiempo.

Al siglo XVIII debemos tres notables estudios acerca de nuestro poeta, el último de los cuales ha sido, durante muchos años, el texto más favorecido de Catulo, y el que fuera reproducido en las más valiosas ediciones, á saber:

Juan Antonio Vulpio, 1710;<sup>1</sup> Conradino de Alio, 1738, y Federico Guillermo Doering, 1788.

Es inexplicable la injusticia con que Ellis trata el comentario de Vulpio. No es verdad que sus notas sean tan sólo montones de citas, generalmente llenas

<sup>1</sup> La edición que poseo es la siguiente:

C. Valerius Catullus Veronensis et in eum Io Antonii Vulpii eloquentiæ Professoris in Gymnasio Patavino Novus Commentarius Locupletissimus, Patavii, 1737.

de lugares comunes, y escritas con una innecesaria profusión.

El estudio de Vulpio es eruditísimo, y gran provecho de él sacó el mismo Ellis para la redacción de su comentario.

Es verdad que Vulpio puso á contribución á todos los demás comentadores anteriores á él, pero no de otra suerte se están escribiendo hoy las notas gramaticales, críticas, históricas y explicativas de los poetas latinos.

No hay un medio más adecuado para el conocimiento de un escritor clásico, que la comparación de su texto con los modelos que ha seguido y con los escritos de sus imitadores; y nada mejor para hacer un examen gramatical, que parangonar con el pasaje que se estudia los de otros escritores anteriores ó posteriores que puedan arrojar viva luz sobre la formación de la frase. Y estas dos cualidades son las que distinguen de sus congéneres el prolijo comentario de Vulpio.

Hasta hoy no me ha sido dado adquirir la edición de Conradino de Allio. El libro ha llegado á ser escaso.

Según Robinson Ellis, Conradino de Allio tiene un supremo desprecio por todos sus predecesores y una confianza ilimitada en su propio juicio. El mérito que distingue su obra consiste en haber considerado como el mejor expositor de Catulo á Catulo mismo. Su comentario es interesante, y la crítica moderna ha

adoptado universalmente una conjetura suya relativa al pasaje del verso 17 de la Oda XXXIX «Nunc Celtiber es.»

El comentario de Doering<sup>1</sup> ha tenido una rara fortuna, y el texto que lo acompaña se ha considerado, durante cerca de medio siglo, como la última expresión de la crítica. El texto de Doering fué empleado en la famosa colección de Lefevre, de 1821; en la célebre de A. J. Valpy, de 1822; en la colección Lemaire, con notas de Naudet, de 1826, y por F. G. Pottier.

Robinson Ellis conceptúa la edición de Doering como muy imperfecta, y acaba por decir que el mérito principal de su comentario consiste en su brevedad.

En efecto, Doering evita toda discusión crítica y es muy sobrio en sus citas; pero, en cambio, es de una admirable é indiscutible precisión.

La popularidad de Doering en Alemania la adquirió en las escuelas, porque su comentario no tiene rival para el estudiante, á quien tan sólo preocupa la explicación del texto que quiere interpretar.

Los estudios críticos del texto de Catulo, llevados á término durante el siglo XIX, han producido los más fructuosos resultados, debido, sin duda, á las colaciones hechas de los mejores y más importantes manuscritos, tales como el San Germanensis, El Data-

<sup>1</sup> C. Valerii Catulli Carmina varietate lectionis perpetua annotatione illustrata a Frid. Guil. Doering. Lipsiæ, 1788.

nus, el Laurentianus y el Oxoniensis, y á los trabajos emprendidos, teniendo estos manuscritos por base, por Carlos Julio Sillig, por Carlos Lachmann, por Augusto Rosbach, por L. Schwabe, por Robinson Ellis y H. A. J. Munro, por L. Müller y por Emilio Baehrens.

Fué Sillig<sup>1</sup> quien, en su edición de Gotinga de 1823, dió principio á los trabajos de crítica del texto de Catulo, por medio de la publicación del M.S. de Dresde. El M.S. fué de los de segundo orden; pero afortunadamente Sillig pudo aprovechar otros más, á los cuales hace referencia en su Prefacio; y las enmiendas y conjeturas propuestas por todos los demás comentadores, desde Partenio, Paladio y Avancio, hasta Conradino de Allio, Vulpio y Doering.

Las notas críticas que acompañan al texto de Sillig, en las cuales cita las autoridades que apoyan el texto y discute las diversas lecciones propuestas, son valiosísimas, y ellas son las primeras de ese género que se ven en ediciones del siglo XIX.

Nada es más útil para conocer la historia del texto de Catulo, apreciar todas sus diversas variantes y formar concepto de la lección que debe seguirse con mejor acierto, que las notas críticas de Sillig.

<sup>1</sup> C. Valerii Catulli Carmina ad optimorum librorum fidem recognovit varietatem lectionis indicesque adjecit Carolus Julius Sillig. Gottingæ Apud Henricum Dieterich. 1823.

Puede decirse, en elogio de Sillig, que él fué el legítimo precursor de Carlos Lachmann.

Crean los críticos modernos, entre ellos Benoist, que si no estaba reservado á Lachmann constituir un texto definitivo de Catulo, á lo menos él es el autor del mejor método para poder llegar á obtenerlo. Los trabajos de Lachmann tuvieron por base las colaciones de dos manuscritos: «El Laurentianus,» de Laurencio Santen, y el «Datanus,» de Carlos Dati; y gran parte del mérito de su labor se debe á la importancia indudable que tiene el «Datanus.»<sup>1</sup>

Lachmann aprovechó los trabajos de Laurencio Santen, y, por medio de la comparación de las variantes y de los textos, procuró en lo posible acercarse al texto del arquetipo de los manuscritos, de los cuales el Datanus y el Laurentianus, no eran sino copias más ó menos alteradas.

Lachmann aprovechó también los trabajos de los críticos italianos del siglo XV, y por eso supo hacer justicia al espíritu crítico y á los profundos conocimientos filológicos de aquellos escritores.

Por eso, después de haber examinado los trabajos de sus predecesores, Lachmann dijo en su edición de 1829: «Codices Datanus et Laurentianus, cum quorum alteruto ceteri non interpolati ubique consentiunt

<sup>1</sup> Q. Valerii Catulli Veronensis Liber Ex recensione Caroli Lachmanni. Berolini. Typis et impensis Ge. Reimeri, A. 1829.

hac editione totos exhibemus. quas emendationes nullo auctore indicato recepimus, eae Italis sæculi XV debentur.»

El espíritu crítico de Lachmann, á quien se considera como el más grande crítico latino del siglo XIX, su larga experiencia y la disciplina de su ingenio, le permitieron, á través de los manuscritos consultados por él, acercarse al texto que pudiéramos juzgar que tuvo el arquetipo de Catulo.

El éxito que Lachmann alcanzó con la publicación de su texto, puede compararse con el que obtuvo con su edición de Lucrecio, que, á juicio de Munro, es la labor de mayor importancia llevada á cabo para depurar el texto del poema De Natura Rerum, desde Dionisio Lambino hasta nuestros días.

Durante más de treinta años el texto de Lachmann se reprodujo en numerosas ediciones, y se le consideró como el más digno de confianza de nuestro poeta.

Al texto de Lachmann siguió el que Mauricio Haupt<sup>1</sup> publicó por la primera vez en 1853. Si á los humanistas, como dice Nettleship,<sup>2</sup> se les ha de juzgar, no por los errores que cometen, sino por el con-

<sup>1</sup> Catulli Tibulli Propertii Carmina a Mauricio Hauptio recognita. Editio quinta ab Iohanne Vahleno curata. Lipsiæ apud S. Hirzelium, MDCCCLXXXV.

<sup>2</sup> Lectures and Essays by Henry Nettleship. Moritz Haupt Public lecture. May. 1879, pág. 11.

tingente con que contribuyen al acerbo común del saber humano, Haupt es acreedor á nuestro reconocimiento.

Haupt siguió las huellas de Lachmann y compartió casi todos sus errores; pero hizo al texto de Catulo algunas correcciones, que han sido aprobadas después por los críticos más severos.

La corrección hecha á la Oda XXIII, 10, *furta impia*, en vez de *facta impia*, ha sido aceptada por Baehrens y por Munro; la de la Oda LXI, 46, *anxiis*, por *amatis*, ha sido admitida por Ellis; la de la Oda LXII, 9, *sic certesi*, la aceptaron Baehrens y Ellis; la de la Oda LXIII, 5, *devolsit*, por *devolvit*, la admitieron Baehrens y Munro, y la de la Oda LXIV, 28, *Nereine* en vez de *nectine*, la aceptan Munro y Baehrens, á pesar de haber sido combatida por Ellis.

Estaba reservado á Augusto Rosbach<sup>1</sup> y á L. Schwabe<sup>2</sup> hacer olvidar á Lachmann con sus ediciones de 1854 y 1866, que contienen las mejores y más completas colaciones del M.S. San Germanensis.

Naudet, casi al final del Prefacio de su edición de 1826, fué el primero que habló del M.S. de Saint Germain. Después volvió á hacer referencia á dicho M.S. Sillig, en 1830, en los Annales de Yahn XIII, 262; y

<sup>1</sup> Q. Catulli Veronensis Liber Recognovit Auggustus Rosbach Lipsiæ, 1854.

<sup>2</sup> Catulli Veronensis Liber. Ludovius Schwabius recognovit. Gissæ. Apud I. Rickerum A. 1866.

Augusto Rosbach lo colacionó en 1854. Schwabe hizo conocer más tarde la colación preparada para él por Federico Dubner.

La obra de Schwabe, además del M.S. San Germanensis, contiene todas las varias lecciones de «El Datanus,» «El Colbertinus,» «El Laurentianus» y «El Hamburguensis.» En esto consiste precisamente su mérito, porque, tras de presentarnos el más antiguo de los manuscritos, aquel que se considera como de los de primer orden en la historia del texto, nos hace ver el resumen de los trabajos de Santen, de Lachmann y de Sillig.

Robinson Ellis, en 1867, dotó á la crítica moderna de un instrumento incomparable para el estudio de Catulo, publicando por la primera vez la colación del M.S. de Oxford. Todos los que saben el lugar que el Oxoniensis ocupa entre los manuscritos de Catulo, por su antigüedad, no podrán menos que apreciar la labor de Ellis.

Si Lachmann, comparando el «Datanus» y el «Laurentianus,» llevó á término la admirable reconstrucción del texto de nuestro poeta; Robinson Ellis,<sup>1</sup> comparando el «San Germanensis» con el «Oxonien-sis,» ha venido á constituir la mejor lección conocida hasta hoy.

<sup>1</sup> Catulli Veronensis Liber iterum recognovit Apparatum criticum prolegomena appendices addidit R. Ellis Oxonii. E. Typographeo Clarendoniano, 1868.

Por otra parte, tocó en suerte á Robinson Ellis aprovechar los trabajos críticos y las notas copiosísimas de Sillig y de Schwabe, y á ellos es deudor en no pequeña parte de la profundísima erudición de que da muestra.

El texto del Oxoniensis va precedido de las Prolegómenas que forman la historia más completa de los manuscritos de Catulo, comenzando por el de Verona; de las referencias hechas á este último por los escritores de los siglos XIII y XIV y de todo lo que concierne á la manera como las obras de Catulo han llegado hasta nosotros.

Luciano Müller,<sup>1</sup> en 1869 dió á luz un nuevo texto, siguiendo de preferencia el San Germanensis, á quien mira en unión de los demás manuscritos colacionados por Schwabe como los únicos susceptibles de constituir el texto definitivo del gran epigramático latino.

Emilio Baehrens<sup>2</sup> colacionó por segunda vez el M.S. de Oxford y, según Mr. Benoist, este texto es mejor, porque la colación fué mucho más profunda y porque sus trabajos han sido completados por las indicaciones de K. P. Schulze.

<sup>1</sup> Catulli, Tibulli, Propertii Carmina. Accedunt Lævii Calvi Cinnæ Aliorum reliquiæ et Priapea. Recensuit et præfatus est Lucianus Müller. Lipsiæ in ædibus B. G. Teubneri, 1892.

<sup>2</sup> Catulli Veronensis Liber recensuit Æmilius Baehrens Nova editio a K. P. Schulze curata. Lipsiæ in ædibus B. G. Teubneri, 1893.

Por último, S. G. Owen ha publicado en 1893 el San Germanensis, siguiendo la edición fotográfica de dicho manuscrito hecha en 1890 por Mr. Emile Chatelain.<sup>1</sup>

Pero no son estos los únicos estudios críticos hechos sobre Catulo en la última centuria, que Ellis y Munro, en Inglaterra, y Haupt, Schwabe, Schmidt y Baehrens, en Alemania, y Benoist y Thomas, en Francia, han agotado por completo todo lo que puede escribirse acerca de Catulo, escudriñando todos los episodios de su vida y comentando con acopio maravilloso de erudición todos sus poemas.

La obra «A Commentary on Catullus,» de Robinson Ellis, no tiene rival entre todos los comentarios de la misma índole. No hay un solo pasaje obscuro de Catulo que no esclarezca; no hay una cuestión de crítica que no estudie con una incomparable sagacidad; no hay pasaje que no esté parangonado con otros de los escritores griegos y latinos que pudieran considerarse modelos ó imitadores de Catulo; no hay construcción latina que no tenga su explicación gramatical, apoyada en los escritores de la República y de la época de Augusto, y no hay una alusión mitológica que no dé lugar á estudios serios, acerca de las creencias y mitos de la antigüedad clásica.

<sup>1</sup> Catullus with the Pervigilium Veneris. Edited by S. G. Owen. Illustrated by J. R. Weguellin. London. Lawrence and Bullen, MDCCCXCIII.

Ellis es un humanista tan profundo, que sólo puede compararse en Inglaterra con Bentley. Él ha hecho con respecto á Catulo, lo que Bentley con Horacio; pero ha sido superior su sagacidad para descubrir los errores de los copistas y más ingenioso su método de corrección. Por sus conocimientos de la gramática y de la métrica y de toda la literatura greco-latina, puede considerársele como el más distinguido de los críticos y como el más admirable de los eruditos.

Los trabajos de Ellis fueron poco tiempo después complementados por los de Munro,<sup>1</sup> y, aun cuando éste no compartió todas las opiniones de Ellis, confiesa el eminente crítico inglés que ha pesado con cuidado todas sus observaciones y aceptado la mayor parte de ellas, porque, cuando habla de gramática ó de métrica, sus observaciones tienen la importancia y peso que sólo alcanzan las de los grandes maestros del arte.

Munro no escribió nada, dice Ellis, sin dejar impresa la huella de su genio, genio del cual ha dado iguales muestras, tanto en su obra sobre Catulo, como en su libro sobre Lucrecio.

Haupt publicó en 1837 sus *Quæstiones Catullianæ*,<sup>2</sup> y en 1841 sus *Observationes Criticæ*,<sup>3</sup> y ambos trabajos todavía pueden leerse con provecho, á pesar

<sup>1</sup> Criticisms and Elucidations of Catullus by H. A. J. Munro. Cambridge, Deighton, Bell and Co. 1878.

<sup>2</sup> Mauricii Hauptii. Quæstiones Catullianæ. Lipsiæ, 1837.

<sup>3</sup> Mauricii Hauptii. Observationes Criticæ. Lipsiæ, 1841.

de que son considerados como una obra de juventud, porque son el resultado de pacientes estudios y de un espíritu eminentemente crítico.

Baehrens, Benoist y Thomas, han seguido muy de cerca los trabajos de Ellis, los han aprovechado ó más bien copiado, pero no por eso aquellos trabajos dejan de estar llenos de positivo mérito.

Algunos escritores, con cierta exageración, han creído que los estudios críticos del siglo XIX han quedado muy por abajo de los llevados á cabo en los siglos XV, y primera mitad del XVI.

Miden la importancia de los trabajos hechos sobre el texto de Catulo, por el ingenio desplegado en las conjeturas ó adivinaciones empleadas para corregir los pasajes alterados por las manos de copistas ignorantes, y ponen en olvido que el método crítico no descansa tanto en las conjeturas y en las adivinaciones, como en el sistema aplicado para descubrir entre los diversos manuscritos la mejor de las lecciones.

No podemos lisonjearnos de haber llegado á establecer en nuestro siglo el texto definitivo de Catulo, pero á menos de que llegara á descubrirse, y esto es poco probable ya, algunos manuscritos más antiguos de los que poseemos hoy, puede decirse, que las colaciones hechas del San Germanensis y del Oxoniensis, y acaso también del Datanus, han proporcionado los elementos inestimables que han servido para fijar el texto de Catulo.

Compárese la Aldina de 1502, obra de Avancio, que podía lisonjearse, con justicia, de haber sacado más de la conjetura que del testimonio de los manuscritos, con los textos proporcionados por Schwabe, colacionando el San Germanensis, ó por Ellis, copiando el M.S. de Oxford, y se verá que sin exagerar el mérito de aquellos humanistas, que eran los primeros en aprovechar la imprenta para difundir por el mundo los ecos de los cantos de amor de Catulo, es indudable que se ven las muestras inequívocas de la infancia de la crítica.

El estudio que hemos llevado á cabo, hace ver cómo, y de qué manera, las obras de Catulo han llegado hasta nosotros.

Un manuscrito, desaparecido tal vez para siempre, ha sido su origen; copias de ese manuscrito, halladas por casualidad, nos han enseñado á corregirlo, á comentarlo y á admirarlo.

Cuatro siglos de perseverantes estudios han sido menester para reparar los ultrajes del tiempo y los errores de los copistas; pero al fin podemos tener la satisfacción de ver salvados y reconstituidos entre las ruinas de la Edad Media, uno de los más hermosos monumentos de la literatura clásica latina. Tal, unidos de nuevo los restos y despojos de una Venus, encontrados en Milo en moderna excavación, volvieron á presentar á nuestros ojos admirados, la más hermosa expresión de la belleza artística.